



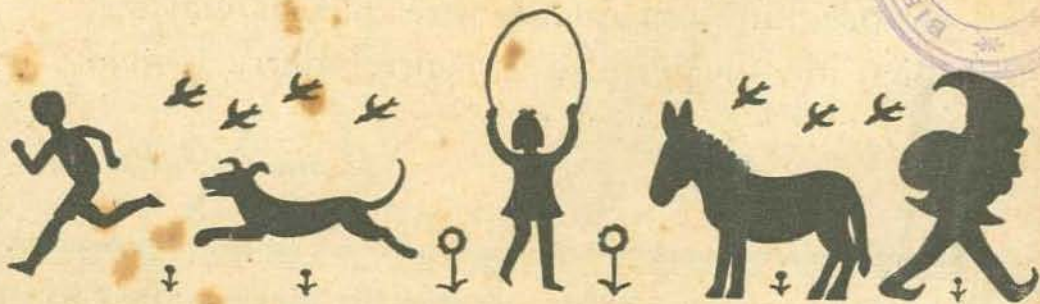
TRIQUITRAQUE



Triquitraque y Tío Conejo coroneles

No. 5

VALE
€ 0.10



CONTENIDOS! • VERSOS! • ADIVINANZAS! • DIBUJO! • JUEGOS! • AVENTURAS!

TRIQUITRAQUE

REVISTA INFANTIL

VALE

¢ 0.10

TELEFONO 3114

AÑO I

Publicada por la Asociación de
maestras de Kindergarten

No. 5

VALE

¢ 0.10

TELEFONO 3114

ILUSTRACIONES DE FRANCISCO AMIGHETTI

SAN JOSÉ, COSTA RICA

SEPTIEMBRE - 1936

REGRESO DEL POLO

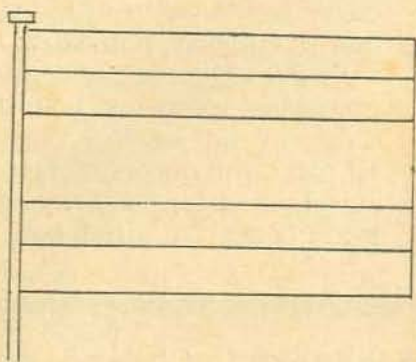
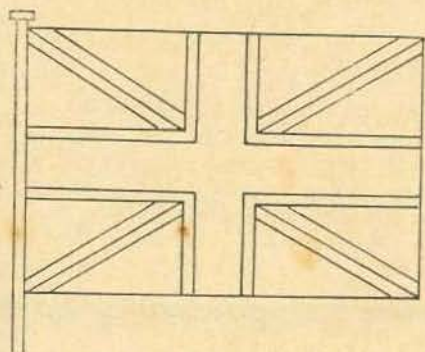
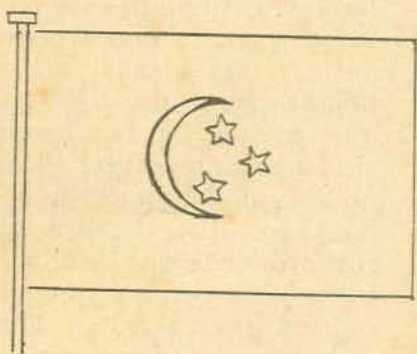
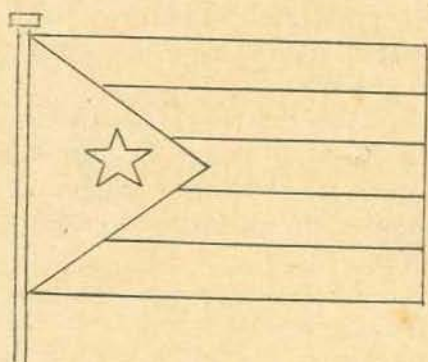
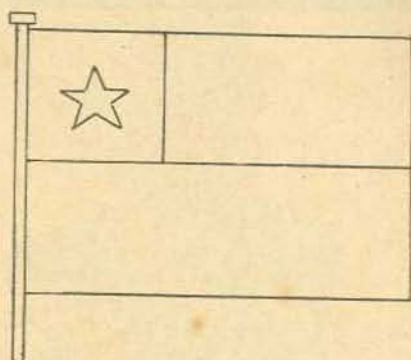
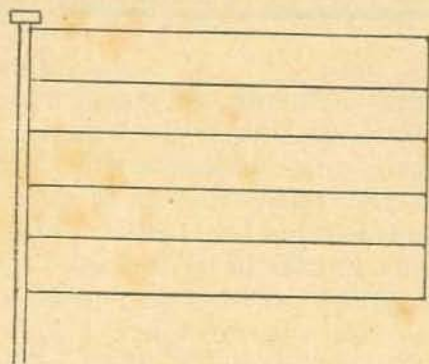
Después de vivir un mes con los esquimales buenos, Tío Conejo y Triquitraque un nuevo viaje emprendieron a bordo de un trasatlántico que expresamente por ellos mandó el Almirante Bryd con expertos marineros. Llegados a Nueva York todo el mundo salió a verlos: les regalaron medallas, treinta banquetes les dieron, les hicieron coroneles del ejército.

Tío Conejo y Triquitraque estaban lo más contentos cuando llegó la mamá de Triquitraque ¡y no es cuento! sin fijarse en que eran ya coroneles del ejército, les cogió por las orejas a los dos y luego, luego, a casita les llevó y les metió en un encierro.

Al que pregunte por qué, le diré que los viajeros se habían ido sin permiso a recorrer tierra y cielo.

Lemuel Gulliver

Todas las cartas deben dirigirse a la ESCUELA MATERNAL en San José de Costa Rica.



banderas de China, Cuba, Chile, Inglaterra, Egipto y Costa Rica. Píntelas con los colores correspondientes. Si en la biblioteca de su escuela o en su casa hay un buen diccionario, puede copiar de allí los colores que llevan esas banderas.

Frases de José Martí el libertador de Cuba

"Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

JOSE MARTI

Libertad es el derecho que todo hombre tiene a ser honrado, y a pensar y a hablar sin hipocresía. En América no se podía ser honrado, ni pensar ni hablar. Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer a leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que se lo maltratan, no es un hombre honrado. El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez; debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vi-

ve honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser bribón. Hay hombres que son peores que las bestias, porque las bestias necesitan ser libres para vivir dichosas: el elefante no quiere tener hijos cuando vive preso: la llama del Perú se echa en tierra cuando el indio le habla con rudeza, o le pone más carga de la que puede soportar. El hombre debe ser, por lo menos, tan decoroso como el elefante y como la llama. En América se vivía antes de la libertad como la llama que tiene mucha carga encima. Era necesario quitarse la carga o morir.

NOTA.— Además de cuentos, versos, juegos y adivinanzas, los niños deben conocer la historia de los grandes libertadores de América, por eso TRIQUITRAQUE les da a conocer el trozo anterior, escrito por José Martí, el libertador de Cuba y que fué un gran amigo de todos los niños del mundo.

Recomendamos a los maestros y a los niños que busquen La Edad de Oro de Martí donde está el relato tan hermoso que se llama Los Tres Héroés. Mucho se aprende leyendo esas páginas y entran deseos de ser tan valiente como esos héroés.

En la Librería Chilena, en los bajos del Raventós, puede Ud. conseguir siempre los números 1, 2, 3, 4 y 5 de la mejor revista infantil que se publica en Costa Rica.

Compre Ud. TRIQUITRAQUE. Vale solamente diez céntimos.

MAGÓN

Había una vez un costarricense más enamorado de su tierra que un muchacho de veinte años de su novia linda y buena. Pero a pesar de su gran cariño a Costa Rica, las circunstancias lo obligaron a emigrar a los Estados Unidos en busca de mejores oportunidades económicas. Desde allá veía su patria todavía más encantadora; sólo echaba de ver sus virtudes y cerraba los ojos ante sus defectos. Y en todos los ratitos que el trabajo lo dejaba libre, se ponía a suspirar por Costa Rica y a escribir los recuerdos de su vida pasada aquí. Hasta un libro de versos sobre Costa Rica escribió no hace mucho tiempo.

Se llamaba Manuel González Zeledón, pero todos le llamábamos cariñosamente Magón, y este nombre era el que usaba para firmar sus cuadros de costumbres y sus cuentos.

El poeta Aquileo Echeverría y Magón son los escritores ticos que han pintado hasta hoy con mayor fidelidad y color el modo de ser del pueblo costarricense. En sus páginas se ven ir y venir a nuestros campesinos, a nuestras abuelas, a nuestras sirvientas, hablando, gesticulando, todo el mundo como si fuera de "deveras". Y uno ve también el ambiente dentro del cual se mueven: las casas, las calles, los campos.

Cuando ustedes sean grandes y comprendan mejor la vida, léanse los cuentos de Magón que se titulan "La Propia", "El Ollis de Sol", etc., y verán qué cuadros más pintorescos de nuestras costumbres son éstos.

A Magón le gustaba mucho escribir sobre sus recuerdos de chiquillo,



Manuel González Zeledón

por ejemplo, de cuando iba a bañarse a las pozas, de cuando iba al mercado los sábados a jalarle el "diario" a su abuelita, de los portales en la Noche Buena. Muchos de esos recuerdos están coleccionados en un tomito titulado: "La Propia". Pero allí faltan los que escribió más tarde, entre los cuales hay unos relatos de colores muy vivos: uno sobre un circo que vino a Costa Rica cuando Magón era un mocosillo, y otro de como "chorriaban" el cacao nuestras abuelas, etc.

Hay que pedir al Gobierno, niños, que se edite un libro con todo lo que Magón escribió sobre Costa Rica.

Magón regresó a su patria este año, después de haber vivido en los Estados Unidos como 35 años. Allá desempeñó durante mucho tiempo el cargo de cónsul de Costa Rica. También fué Ministro General de Costa Rica en aquel país.

Cuando Magón se sintió muy enfermo, quiso volver a su tierra, a acabar sus días en ella, y como a los quince días de su regreso murió.

Había salido de Costa Rica siendo

un hombre joven de 38 años; volvía viejo como de 71, pero tan enamorado de ella como cuando era muchacho.

Cuentan personas muy allegadas a él que quería salir y ver con sus ojos esta ciudad de San José en donde pasó su niñez y su juventud, en donde se casó y nacieron sus hijas; ir por los caminos y ver otra vez los campos con sus cercas de poró, de itabo y de ñiñocuave; los potreros, los cafetales y los ríos en cuyas pozas se bañara de chiquillo con otros pilluelos que ahora eran viejos como él o habían muerto ya. Pero la enfermedad no lo dejó darse este gusto. Entonces sus hijas lo sacaron al corredor de la casa que queda por el Cuartel Bella Vista y desde allí

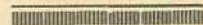
podía ver sólo techos de las casas que forman la ciudad, las torres de las iglesias y el cielo que la cubre. Dicen que entonces se puso muy triste y contestó a los que le preguntaban qué le parecía la vista, que tanta gana de venir a ver su tierra y tener que contentarse con el espectáculo que presentan los techos de las casas...

Y murió con el deseo de meterse en una casa de campo hasta la cocina y sentarse junto a la punta de un moledero bien raspado por el ama de casa, a tomarse una taza de aromático café acabadito de chorrrear acompañado de una buena tortilla de queso, caliente, de esas que hacen hebras al comerlas.

EL



Grillo



DE

Claudia Lars



Lloraba el grillo arisco
lloraba de dolor
cuando crucificaron
a Nuestro Señor.

Por eso el Padre Eterno
le dió su bendición
y trae buena suerte
el grillo chillón.

Un baño en la presa

Crucé en compañía de mi hermano Chepe la esquina de doña Guillerma CACHEDA, con dirección a la Plaza Principal, llegué a la tienda de don Maurilio, torcí a la derecha hasta la escuela de las niñas Gutiérrez, no sin pararme largo rato en las aceras del Bazar Atlántico de don Manuel Argüello y pedir a Baltasar, en La Esperanza de don José Trinidad Chaves, un pedacito de hielo que me duró hasta la esquina de la Artillería. Ibamos a la escuela de don Adolfo Romero, una mañana del mes de marzo de 1874. Mi equipo consistía en un vestido de «cotín» azul con vivos blancos, blusa de botones de hueso con sus dos bolsas pecheras, calzón de media pierna, botas de becerro con delantera colorada y águila americana, compradas donde «Lescoviche» y sombrero de fieltro panza de burro, forma de bolsa de chorrear café, de los más baratos que introducía don Julián Carazo.

Bajo del brazo y colgando de un orillo de paño, regalo del maestro Madriz, llevaba mi bulto, hecho de un cartón de tijeras, primoroso obsequio de don Teodorico Quirós. Contenía ese bulto una pizarra, un cuadernillo de papel de «venao,» un casquillo de puerco espín, una regla de cedro, mi trompo, un mango verde y una botella de agua de dulce con limón, tapada con un olote.

Los mejores propósitos me llevaban a esa hora a mis cotidianas lecciones; pellizcaba de cuando en cuando la cáscara del mango y me sabroseaba en mascarme una de lima que en la bolsa del calzón me había encontrado; repasaba los nudos del cordel de mi trompo y le

emparejaba con los dientes las canelas y cecos que me le habían inferido en la Mancha brava de la vispera, en el altozano de la Cathedral.

De repente me siento cogido por la espalda, con un par de manos olorosas a zumo de naranja encima de los ojos, y una voz vibrante y juvenil que me grita.

—Manuelillo, huyámonos de la escuela y vamos a bañarnos a la presa, va con nosotros Toño Arguedas, los Pinto y el Cholo Parra!

El que me llamaba con tanta zalamería era mi amigo íntimo, mi compañero inseparable, mi siempre admirado negro, Alejandro González Zoto, el que hoy duerme el sueño eterno en el fondo del océano, digna tumba de tan digno carácter.

Vacilé un instante, el deber me llamaba a la escuela, veía pasar por delante de mis ojos, amenazadoras y terribles, las riendas que mi padre usaba como instrumento de castigo, veía las lágrimas surcar silenciosas por las pálidas mejillas de mi madre y oía con argentino retintín la voz de mi hermana Marcelina, que decía: «No le pegue más, papito, no le pegue más». Hice un débil esfuerzo para alejar aquellas visiones importunas, y como el acero sigue al imán, me sentí arrastrado por el placer de la escapatoria y el baño y contesté:

—Bueno, vamos, pero cuidado nos cavilosean.

Todos deshicimos parte del camino recorrido y a saltos y brincos, llegamos a la presa, al lugar en donde hoy se encuentran los lavaderos públicos, en las orillas del río Torres, camino del Ballestero.

Como cincuenta varas antes de desembocar a la plazoleta que daba frente al remanso, ya la mayor parte de nosotros no tenía puestos más que los calzones; todo el resto del vestido colgaba ya en apretado motete debajo del brazo. Era cuestión de alta nombradía lograr echarse al agua el primero. Ese puesto no se le podía arrebatarse al Cholo Parra, que no usaba zapatos y que casi no gastaba camisa ni chaqueta: para él quitarse los calzones y la camisetilla de manta era la obra de persignarse un cura loco; y apenas si podíamos oír el chasquido del agua al caer el pesado cuerpo cobrizo del Cholo, al principiar nosotros a soltar la faja de los calzones.

El Cholo, Toño y los Pinto eran insignes nadadores, se tiraban de la Punta del Cascajo y después de estar consumidos largo rato, braceaban airoso hasta el Castillo, del que tomaban posesión a los pocos minutos.

Alejandro y Chepe no calzaban puntos tan altos, aunque sí aguantaban mucho de consumida y nadaban de a «lao» y de espaldas. Si no me equivoco, Alejandro sabía dar el zapatazo y ya casi hacía el candelero, pero este último ejercicio sólo recuerdo exactamente habérselo visto hacer a Parra con una perfección envidiable.

Yo era, además de mal nadador, sumamente pusilánime y era para mí obra de mérito cuando mi tiraba del Cascajillo y con «nadao» de perro, llegaba. ahogándome, a la Pocilla de los chiquillos, con un pie en el fondo y el agua a la cintura; pero me daba aires, tenía mi cáñamo amarrado a la barriga como el Cholo y sacudía desdeñoso la cabeza para quedar peinado con un golpe de agua como coyol «chupao».

Todos los compañeros estaban ya

en el agua; solo yo estaba tiritando, sentado a la orilla del Cascajo, contemplando envidioso los graciosos movimientos de los nadadores, sin atreverme a echarme al río, cuya temperatura había tanteado metiendo la pierna hasta la rodilla.

—Y diai, no te echás? me grito Alejandro!

—Echémolo al Cascajo, vociferó Toño, al mismo tiempo que Jenaro Pinto me zampaba en el pecho una pelota de barro.

Atemorizado, convulso, lloroso, corrí a ampararme al lado de una lavandera que estaba metida hasta la pantorrilla en un ojo de agua lleno de cabezones y ranas verdes, y tal era mi congoja que no veía donde pisaba, resbalé en una laja y caí entre la batea de la pobre vieja, emporcándole la ropa de segundo ojo y un fustán engomado, que parecía un globo ensartado en una mata de güisaro llena de manchas de jabón.

La vieja me cubrió de insultos y nalgadas y me acertó un mojicón en un ojo que me hizo ver candelillas.

Del pozo me sacaron entre Alejandro y Toño y en medio de una algazara de once mil diablos, sordos a mis gritos y patadas, me lanzaron a medio río, en donde me dí un panzazo que me dejó colorado como un tomate todo el vientre y parte de la rabadilla.

Me ahogaba, tragaba agua a borbollones, estaba perdido, la vivísima luz del día llegaba amarillenta a mi pupila buena al través de las fangosas aguas, y mis esfuerzos eran impotentes para salvarme. Sentí que me agarraban de una mano, que me tiraban fuertemente y por fin la luz hirió mi vista con inusitado brillo, con fulgor indescriptible. Eché a llorar en medio de las careajadas de

los compañeros y me encaminé mustio y cabizbajo, como perro regañado, al lugar en donde me había desvestido. Soplaban un viento fuerte que me acalabraba; fui a ponerme los calzones y no pude, me les habían echado biscocho; a la camisa y a la blusa les había pasado otro tanto; cada nudo de aquellos, apretado por las robustas manos del Cholo Parra, era una bola de billar indestructible. Por fin, a fuerza de dedos y dientes y uno que otro rasgonazo, logré deshacer el daño y vestirme. Nuevo tormento! Se habían llevado el bulto los de la Banda Chiquilla, Jenaro Pinto se había comido mi mango y Ernesto se había bebido mi agua dulce con limón y todos huyendo me habían dejado solo.

Lloré largo rato, me encaminé a casa con un miedo horrible, llegué cuando principiaban a servir la comida, oí la voz de mi padre que preguntaba airado por sus riendas, y caí en el quicio de la puerta, víctima de un desmayo.

.....
 Todo había sido un sueño, pero un sueño horroroso, tan horroroso y tan... que... vaya, pues lo digo.

No, baste saber que todo ese día el colchón de mi cama, tendido sobre dos taburetes, recibió los ardientes rayos del sol.

Adivinanzas

1.—

Un niño que no tenía naranjas subió a un árbol que no tenía naranjas y bajó con naranjas.

2.—

Negrito como San Benito se sienta a la mesa como un señorito.

3.—

Qué es, qué es que te da en la cara y no lo ves?

4.—

Mi ser en un punto empieza y en un punto ha de acabar. El que acertare mi nombre sólo dirá la mitad.

Soluciones a las adivinanzas del número anterior:

- | | |
|---------------|--------------|
| 1. La Colmena | 3. La O |
| 2. El camino | 4. El cañal. |

TRABALENGUAS

*Compadre, compre Ud. poca capa parda;
 que el que poca capa parda compra,
 poca capa parda paga.*

*Yo que poca capa parda compré,
 poca capa parda pagué.*

PIRATA

Pirata de mar y cielo,
si no fui, ya lo seré.

Si no robé la aurora de los mares
si no la robé,
ya la robaré.

Pirata de cielo y mar,
sobre un cazatorpederos,
con seis fuertes marineros
alternos de tres en tres.

Si no robé la aurora de los cielos
si no la robé
ya la robaré.

Si mi voz muriera en tierra,
llevadla al nivel del mar
y dejadla en la ribera,

Llevadla al nivel del mar
y nombradla capitana
de un blanco bajel velero.
Oh mi voz condecorada
con la insignia marinera:
sobre el corazón un ancla,
y sobre el ancla una estrella,
y sobre la estrella el viento,
y sobre el viento la vela.

RAFAEL ALBERTI
(Poeta español)



COLIBRI

El colibrí,
aguja tornasol,
pespuntos de luz rosa
da en el tallo temblón
con la hebra de azúcar
que saca de la flor.



GRANO DE MAIZ

Todas las madrugadas,
en el buche del gallo
se vuelve cada grano de maiz
una mazorca de cantos.

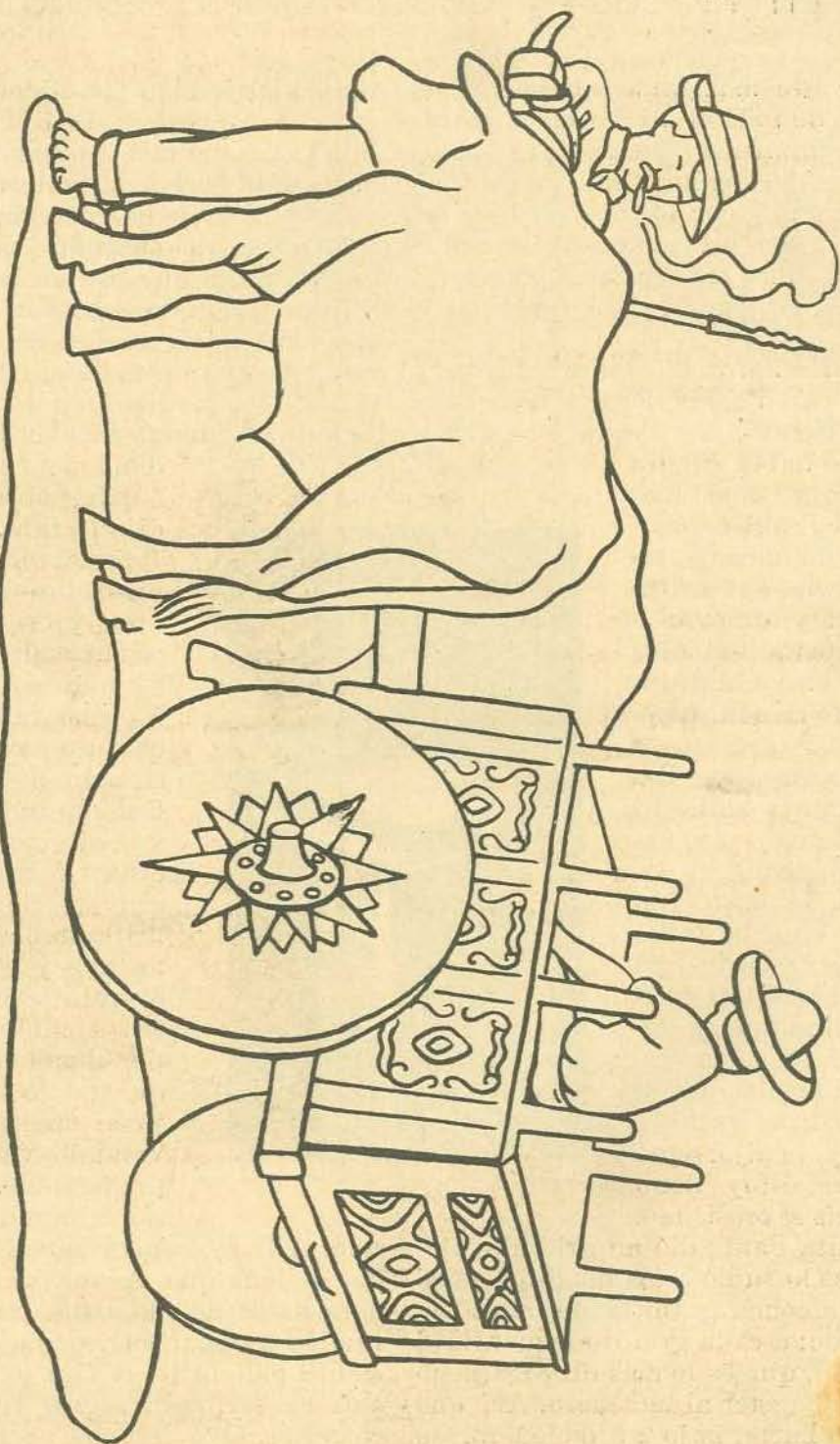


EL RATON

El ratón,
oficial de taller,
se pasa fabricando
virutas de papel.
¡Chist...! La **s** señorial
y la **i** de los libros
le gusta deletrear.

JORGE CARRERA ANDRADE

SABE USTED QUE COSTA RICA ES EL UNICO PAIS DE AMERICA DONDE SE DECORAN LAS GARRETAS?



Observe los colores vivos y los bellos dibujos que el campesino sabe poner en su carreta. Ilumine ésta del grabado y la manda a TRIQUITRAQUE. Daremos diez premios a las diez mejores. Este Concurso se cierra el 20 de Setiembre.

En la cueva de los olores sabrosos

En este momento cabalmente el humo de todo el día volvía a entrar en la chimenea y se acostaba en las cenizas del fogón; venía muy malhumorado y con los ojos azules hechos agua; pero tan pronto como se tendió sobre las cenizas, todavía calientes, estornudó y se quedó dormido.

Ratita Parda se deslizó a lo largo de la pared hasta llegar a la canasta de la basura; por desgracia esa noche no había en ella más que unas cáscaras y unas semillitas de naranja, todas con su colita parada y que lloraban, como lloran los niños muy chiquitos cuando tienen hambre.

De un salto Ratita Parda subió al moledero y se encontró con el lebrillo de barro tapado con la tabla de picar carne. El lebrillo era una criatura humilde y tenía muy buen corazón; apenas vió a la Ratita se quitó la tapa y le dijo: ¿Qué esperas, estoy lleno de maíz sabrosísimo.

Ratita Parda dió un grito de alegría, se le subió a los hombros y se sentó a comer granitos de maíz esponjado: a cada granito le mordía el corazón, que es lo más dulce y luego lo dejaba caer al moledero. Así que estuvo harta, bajó al moledero, se

limpió muy bien y sintiéndose con ganas de conversar, le dijo al lebrillo: Tío, cómo la va pasando? ¿Qué me cuenta de los parientes?

El lebrillo de barro dió un suspiro y dijo: Se va pasando como Dios quiere, hasta que llegue la Pelona; hijita, la vida de siempre; baños y más baños que me ponen la cara más roja que un tomate, trajín todo el día; hoy me llenaron de vinagre de guineo y tengo todavía la cabeza dándome vueltas.

Ah, pobre viejito, dijo la rata.

Se le volvió a subir sobre los hombros y se sentó a comer maíz con una formalidad que ya la quisieran muchos chiquitos cuando se sientan a la mesa. Cuando bajó de nuevo al moledero y quiso reanudar la conversación, Tío lebrillo había cerrado los ojos y estaba en el quinto cielo. Ratita se alejó a saltos por el moledero, olisqueándolo todo: bajó al suelo y, atravesando velozmente la distancia, se metió debajo de la co-

cina. Allí se estuvo entre las astillas de leña que Asunción la cocinera había dejado listas para hacer lumbre al amanecer. Como el lugar estaba calentito, se tiró a lo largo a descansar, para seguir luego sus correrías. Oyó lejanas campanadas



de un reloj y las contó sin equivocarse: una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce... media noche en punto. Entonces el armario de la cocina abrió de par en par sus dos pesadas hojas y salieron de él todas las cosas que guardaba: platos, platillos, soperas, azafates, vasos, tazas, las botellas de la leche, y el tirabuzón retorcido, cucharas, cucharitas, cucharones, cubiertos y tenedores y se pusieron a bailar.

Las cucharitas repicaban golpeando en las paredes de los vasos. De pronto, todos se quedaron en silencio y muy ordenados sobre el suelo. El tenedor más viejo, que el bisabuelo del amo de la casa había traído de Inglaterra y al que le faltaba un diente y tenía una marca del rey en su mango de plata pura, se levantó y con mucha solemnidad dijo que esa noche se celebraban las bodas de la señorita Cucharita de Plata Nueva con el señor Tenedor Recién Comprado, quienes estarían al

servicio desde el día siguiente, del chico menor de la casa que ya había aprendido a comer con tenedor en la mesa de los mayores.

Los novios se levantaron de sus lugares y vinieron a ponerse junto al Tenedor de Plata Inglés. Entonces todos los trastos formando parejas se dirigieron al armario; éste los bendijo moviendo sus pesadas hojas de puerta y les indicó el lugar que de por vida ocuparía la nueva pareja en su interior. Hecho esto, volvieron al baile y tanto ruido hicieron que se despertó el humo mal humorado, salió del fogón, se esparció por toda

la cocina y se hizo tan espeso que los trastos tuvieron que ir a refugiarse, tosiendo y estornudando, dentro del armario que volvió a cerrar sus hojas; entonces el humo volvió a acostarse en el rescoldo; tiró debajo del fogón sus alpargatas de lana, estornudó y de nuevo se quedó dormido.



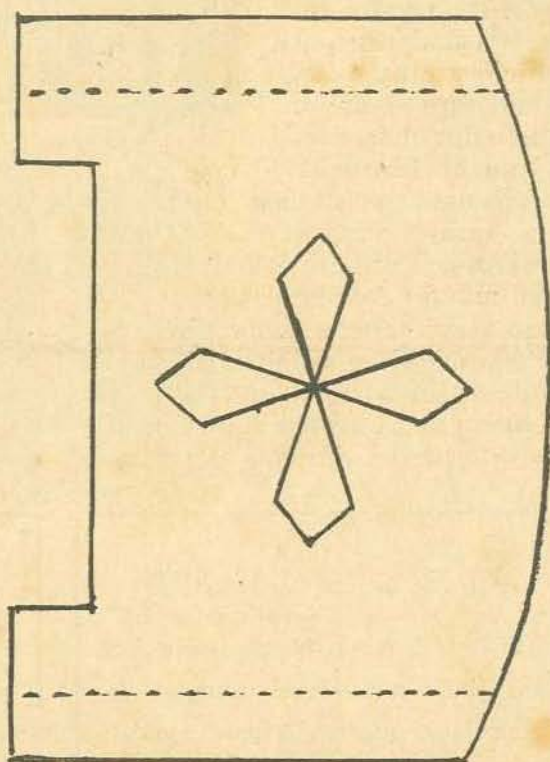
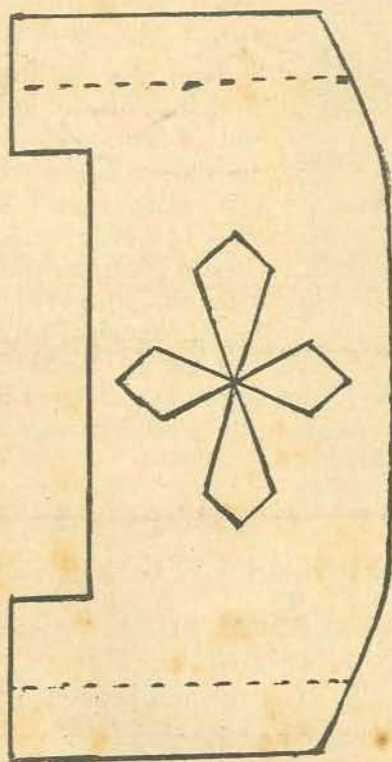
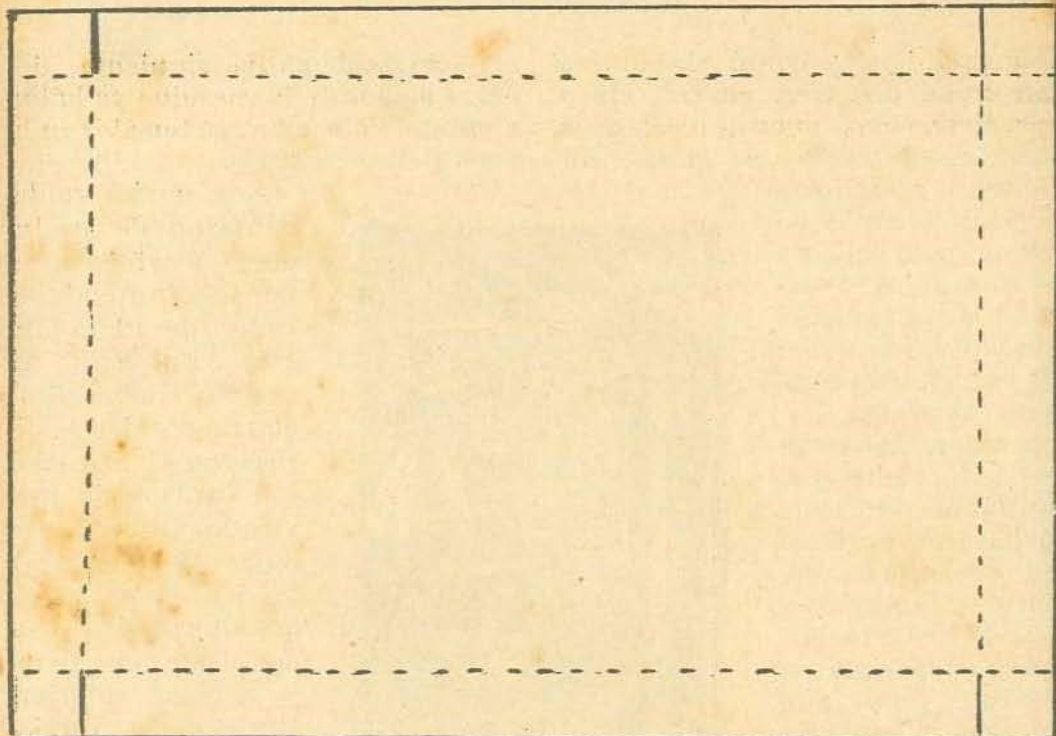
OBSEQUIO

TRIQUITRAQUE agradece a don Max Jiménez Huete el obsequio de diez colones que envió para ayudar a esta revista infantil.

TRIQUITRAQUE

SE VENDE EN TODAS LAS ESCUELAS.

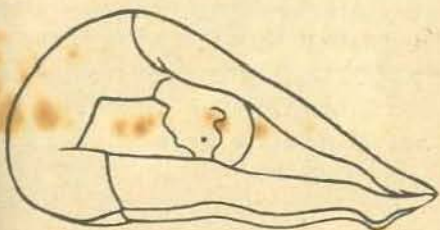
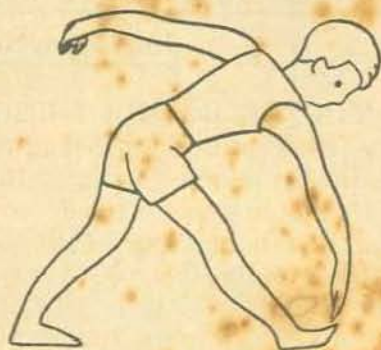
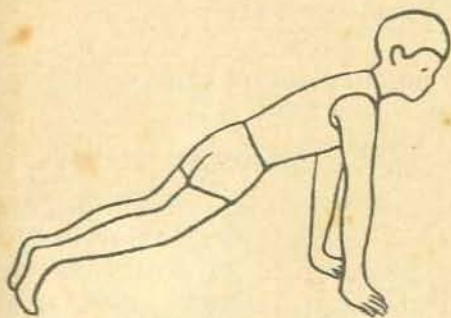
Cómprelo! Haga su colección! No olvide que hay premios para rifar entre los niños que en noviembre presenten su colección completa.



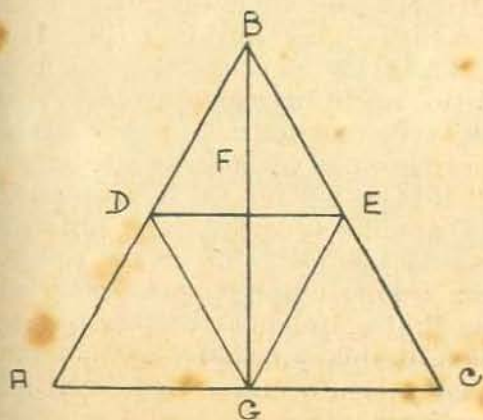
(Colaboración de la Srita. Mélida Palacios, Directora del Kindergarten «Arturo Urién».)

Copie este modelo en papel Manchester. Lo pinta a su gusto, de color madera por ejemplo, queda muy bien. Recórtelo y doble donde hay puntos. Péguelo con goma arábica espesa.

El cuerpo debe ser ágil y flexible



Los niños y las niñas deben adiestrar sus músculos en estos ejercicios, para que el cuerpo adquiera agilidad y gracia. Traten de hacerlos lo más rápidamente posible.



¿Cuántos triángulos

hay

en ese grabado?



¿Cuál es su AFICION?



86 niños de Cartago, Alajuela, Heredia, Puntarenas, Tilarán y San

José, participaron en este concurso

TRIQUITRAQUE felicita a todos estos niños y niñas que desde pequeños saben ocupar su inteligencia y sus manos en hacer cosas útiles. El muchacho que tiene una cuchilla y talla objetos en un tuquito de madera, o la niña que busca retazos de telas para ir aprendiendo a coser, o los que ocupan los ratos de lluvia en leer bellos cuentos, tienen su mente ocupada y saben aprovechar las capacidades que la naturaleza les dió.

TRIQUITRAQUE felicita especialmente a los niños de la «Escuela Dr. Ferraz» del distrito Gagini y a los niños de Sarchí que fueron los

que mandaron más cartas contestando este concurso.

Diez premios se rifaron

entre los 86 niños, saliendo favorecidos los siguientes: de Sarchí Norte: Talía Arias, le gusta cocinar; Pedro Alfaro, le gusta trabajar en madera; Efraín Rodríguez, le gusta dibujar; Dacio Alfaro, le gusta trabajar en madera; de San José; Luis Marín y María de los Angeles Parini, les gusta dibujar; de Puntarenas: Zulay Flores, le gusta coser; del distrito Gaguni, de la «Escuela Dr. Ferraz» Margarita Bejarano, le gusta coser. German Santamaría y Héctor Zamora les gusta la agricultura y el modelado.

Direcciones que faltan

TRIQUITRAQUE ruega a los niños que le escriben, que pongan siempre su dirección clara y completa. Por faltade ella, no han podido enviarse los premios que ganaron los siguientes niños:

Deyanira Salazar, Luisa Arroyo, Flora Vargas, Berta Morales, Elizabeth Salazar y Paquita Castro. (Premios Concurso iluminar, Triquitraque N° 3.

TRIQUITRAQUE desea saber el nombre de una chiquita que envió muy bien iluminada la muñeca; adornó la camisita de dormir con cuadritos, cada uno de los cuales tiene una letra. El dibujo llegó sin nombre y sin dirección.

María E. Dengo y Augusto Rojas

formaron más de cien nombres de personajes de cuentos

Muchos niños tomaron parte en el Concurso que abrió TRIQUITRAQUE en su N° 4, y que consistió en formar nombres de personajes de cuentos con unas letras indicadas en la última página.

TRIQUITRAQUE concedió los premios (dos preciosos libros de cuentos) a los niños María Eugenia Dengo Obregón y Augusto Rojas Trejos, quienes presentaron una lista, limpia y ordenada, con ciento doce y ciento cinco nombres, respectivamente.